

IDENTIDAD PSICOANALÍTICA E IDENTIDAD PERSONAL. APRENDIENDO A SER UNO MISMO.

JOSÉ LUIS LLEDÓ SANDOVAL



*XII Congreso Internacional del
Centro Psicoanalítico de Madrid. C.M. Fonseca.
Salamanca. 25-26 Octubre 2019.*

1.- Presentación

La vida humana gira en un constante aprendizaje, ya que uno se encuentra en el mundo rodeado de cosas y tiene que hacer algo con ellas, creando de esa manera su estilo de vida, su manera de vivir. Se tiene a la fecundación como el hecho primero para la constitución de un ser humano, pero **la concepción de un nuevo ser tiene muchas más implicaciones** y empieza en muchas ocasiones bastante antes de la propia fecundación con el **deseo** y la **planificación** de la misma. Algo parecido sucede con el resto de las etapas que afectan al desarrollo humano, especialmente en sus primeros tiempos, porque los incipientes seres humanos necesitamos recibir en nuestros momentos fundacionales atentos cuidados, ya que *venimos al mundo como humanos, pero tenemos que conseguir hacernos personas, individuos.*

Entre las primeras cosas con que uno se encuentra en su vida está el propio cuerpo, destinado a ser nuestro **perpetuo compañero**, al que siempre llevaremos puesto y por medio del cual oiremos, gustaremos, tocaremos y nos relacionaremos con todas las cosas. Nos interesa, por tanto, tener al cuerpo como el mejor amigo del hombre y dialo-

gar con ese perro fiel (a veces no tanto), perdiendo el temor heredado de la educación esfinteriana.

También nos encontramos con eso que se ha dado en llamar las **facultades psíquicas**, como la **inteligencia**, la **memoria**, la **voluntad**, etc. Con todo eso a nuestra disposición, sin olvidar la participación inestimable de los **sentimientos** en todo el proceso, tendremos que ir haciendo nuestra vida, teniendo que elegir en cada momento lo que vamos a hacer y quienes vamos a ser. **E. Erikson** es un autor que ha estudiado bien las sucesivas **etapas del desarrollo humano y sus vicisitudes a lo largo de todo el ciclo vital.**

Es este mismo autor, Erikson, el que consigue que se llegue a considerar como psicoanalítico un término, identidad, que no era estrictamente psicoanalítico, sino un concepto procedente de la psicología social. **Con Erikson el concepto de identidad adquiere carta de naturaleza y entra a formar parte del saber psicoanalítico**, trascendiendo y mejorando el concepto de identificación que manejó Freud. Actualmente utilizamos el término identidad para definir quién es quién y esa definición se alcanza fundamentalmente por medio de la delimitación y de la contraposición de

ámbitos o círculos de pertenencia. Esos círculos de pertenencia que debutan en nuestra humana existencia con el de la relación simbiótica con la madre, deben de continuarse con la diferenciación respecto de ella, como primera delimitación de esa pertenencia original.

La superación de **la dependencia infantil** con la figura materna **no resulta en muchas ocasiones demasiado fácil de lograr**, en buena medida porque el ser humano muestra una llamativa dificultad para mantenerse sin establecer unas relaciones excesivamente dependientes. **Una de las diferentes razones de esa dificultad podría ser el miedo a la soledad** que surge en personas que no han logrado una buena estructuración de su mundo interno, de modo que **sólo cuando su personalidad se ha desarrollado de una forma suficiente y auténtica, se puede tolerar ese sentimiento de soledad sin que vaya acompañado de un sentimiento de abandono**, que es el que verdaderamente hace intolerable una situación de soledad.

Fenómenos similares a los que implican la superación de la *dependencia infantil* con la figura materna, aunque ya **con otras personas y en diferentes situaciones, se continúan produciendo incesantemente a lo largo de toda la vida**. También en la identidad profesional que, aunque se forma fundamentalmente en la edad joven de nuestra existencia, es influida muy notoriamente por cómo se ha constituido hasta entonces nuestra **identidad personal**, que está fundamentada en todo aquello que te une y te separa del otro.

Me suelo manejar con la hipótesis de que muchos de los dramas que vivimos en nuestras vidas, recogen ecos o incluso se remontan a esas experiencias de carecer, o haber perdido, ese estado de simbiosis con la madre. He aprendido así mismo, a través de mi experiencia clínica y personal, que una buena proporción de las personas que permanecen en una situación de unión simbiótica, o bien están a la búsqueda constante de la misma, dan lugar a muchas de las **relaciones tóxicas** que se producen en las relaciones interpersonales en general, pero especialmente entre padres e hijos, o a nivel de pareja.

2.- Identidad psicoanalítica e identidad personal

Los que nos hemos dedicado a la formación de psicoanalistas nos hemos centrado, a veces con exceso, en tratar de que las materias de nuestros programas fuesen las más adecuadas para su formación y ello ha podido ir en detrimento de un descuido acerca de la forma más adecuada de transmitirlos. Los que hemos decidido asumir el compromiso de ser padres y los que han decidido dedicarse a la educación de nuestros hijos, vamos entendiendo que a los niños pequeños podemos hablarles permaneciendo en pie desde nuestra altura de adultos, o bien poniéndonos en cuclillas, y hemos podido comprobar que cuando el adulto pone su rostro a la altura del niño le está dando más oportunidades de que entienda mejor lo que se le quiere decir y se le anima más a responder y a preguntar. Algo similar, aunque también diferente, sucede con los jóvenes que acuden a solicitar que los formemos como psicoanalistas. **No existe duda ninguna respecto a la importancia que tiene en la enseñanza proporcionar los contenidos adecuados a la formación que impartimos**, pero además son importantes las actitudes con que lo hacemos. Aquí cabría un debate acerca de la pertinencia de hacer los análisis que forman parte de la formación, en posición sentada o sobre el diván, que dejo para la discusión.

Personalmente considero la **educación** como un **elemento fundamental en el desarrollo del ser humano**, concretamente para la **adquisición de un sentido de libertad y de un sentimiento de identidad**, porque es bien cierto que la parte de mala educación que recibimos atenta contra nuestra libertad e inteligencia, pero también lo es que:

La buena educación recibida es un material de primera clase para construir y formar, tanto la libertad como el intelecto.

De manera que si tenemos mala suerte con el porcentaje de mala educación o formación recibida, y los valores y afectos que predominan en la misma

son inexistentes o claramente negativos, no es muy alto el porcentaje de personas que llegarían a alcanzar un aceptable grado de libertad, ni de identidad madura, ya sea profesional o personal.

Freud ya nos ponía en guardia, en 1930, sobre los problemas de educar a los jóvenes con una orientación psicológica incorrecta.

“... cuando esto sucede – decía – es como si se dotara a los miembros de una expedición al polo, con ropas de verano y unos mapas de los lagos de Italia septentrional”.

En la medida en que la **identidad profesional se forma básicamente en la juventud**, y ser precisamente los jóvenes las personas en las que se puede apreciar con mayor claridad la marca de los cambios que conllevan los deferentes tiempos en que vivimos, nos debe de **interesar sobremanera conocer las circunstancias de esa juventud** para así tener un mejor conocimiento de los que acuden a solicitar su formación como psicoanalistas. Especialmente **porque los formadores pertenecemos a generaciones diferentes a las de ellos.**

Al grueso de los formadores de mi generación nos tocó vivir con el santo y seña de las revoluciones sociales del 68 como prototipo de los logros libertarios, mientras que la juventud a la que nos tocó formar estaba constituida por los que conocemos como **millennials** (nacidos entre 1980 y 2000) y algo menos por los integrantes de la conocida como **generación X** (los nacidos entre mediados de los sesenta y comienzo de los ochenta), ambos son representantes de la transformación de los estilos vinculados a nuestro tiempo presente, bien diferente al que vivimos los formadores. Si los formadores crecimos buscando la libertad a través de luchar contra los impedimentos externos, nuestros jóvenes buscan más la **libertad del sí mismo**, un **poder** que se desarrolla y que cambia al estar

influido por múltiples situaciones, tanto de orden externo como interno, algunas de las cuales trataré de ir desgranando.

Para el antropólogo **Francesco Remotti** las modas son antropopoiéticas, es decir que forman parte de un ser humano que construye conscientemente su ser humano. En la civilización occidental actual, de similar manera a como lo podemos observar en muchas civilizaciones primitivas de numerosos lugares del mundo, una de las modas más actuales son los **tatuajes**. **El tatuaje es cada vez más un intento de plasmar en la propia piel imágenes estéticas, pero también con significado para la historia personal de quien lo porta**, y en este sentido forman parte de lo que define y caracteriza a ese individuo, constituyendo una parte de su personalidad. De haber formado parte de la marginalidad en la época que vivimos los formadores, **el tatuaje es actualmente en muchos casos un signo de concordancia, más que un signo de disidencia** y puede que a no mucho tardar llevar el cuerpo sin ningún tipo de tatuaje sea considerado como un signo cierto de disidencia.

Zygmunt Bauman, al que algunos tienen, y probablemente no les falte razón, por el más grande sociólogo y filósofo contemporáneo, explora - como categoría sociológica - su concepto de *Modernidad Líquida*. La modernidad líquida para Bauman es una figura del cambio y de la transitoriedad:

“Los sólidos – dice - conservan su forma y persisten en el tiempo: duran, mientras que los líquidos son informes y se transforman constantemente: fluyen”.

Peter Gray relaciona esa solidez con el miedo al cambio que había sido universal hasta la época de la Ilustración en que empieza a aparecer un miedo al estancamiento que ya se instala en la Modernidad. **Con su metáfora de la liquidez Bauman intenta dar cuenta de la precariedad de los vínculos humanos en una sociedad marcadamente individualista y privatizada, que se caracteriza por el carácter transitorio y volátil de sus rela-**

ciones y nos plantea la existencia de dos mundos contrapuestos, de dos entidades plena y verdaderamente en las antípodas: el *online* y el *offline*.

Esta circunstancia puede ser una fuente de dificultades por el hecho de que los formadores nos hemos educado básicamente en el entorno de un mundo *offline*, en tanto que nuestros formandos han crecido en un mundo preferentemente *online*, y no resulta fácil conciliar mundos gobernados por bases tan diferentes.



Podría seguir enunciando más dificultades derivadas de las diferencias entre formadores y formandos, que las hay, pero me interesa más la posible **solución** a esas diferencias y para ello el propio Bauman nos propone la tarea de reconciliar y forzar a **solaparse ambos mundos (el online y el offline)** como una de las competencias que debemos adquirir y utilizar para vivir en el siglo XXI, afirmación con la que no puedo estar más de acuerdo, ya que el reconocimiento de las diferencias y el acercamiento entre distintas posiciones es la solución para muchos de los conflictos, no sólo del siglo XXI.

Lipovetsky nos plantea su visión del **individualismo contemporáneo como un narcisismo ilimitado, y la postmodernidad como la era de la seducción, del encanto, de aquello que nos haga sentirnos bien, aunque sólo sea por un rato**. El Narciso contemporáneo está tan inmerso en su intento de evitar el envejecimiento que profesa un auténtico culto al cuerpo y anda **continuamente ocupado en la interminable tarea de buscarse a sí mismo**, de modo que, aunque no está inmobilizado contemplando su propia imagen, al primar

la realización y transformación de sí mismo en detrimento de la alteridad, de la relación con el otro, mantiene un núcleo narcisista.

En el centro del pensamiento postmoderno de Baudrillard está la idea del simulacro y en su opinión **la era de la simulación se inaugura con la liquidación de todos los referentes**, y cuando se suplanta lo real por los signos de lo real, la verdad, la referencia, y la causa objetiva dejan definitivamente de existir. De modo que la imagen, que había comenzado siendo el reflejo de una realidad profunda, va transitando desde unos signos que disimulan algo hasta unos signos que lo que disimulan es que no hay nada, con lo que va enmascarando y desnaturalizando dicha realidad para, finalmente, no tener nada que ver con ningún tipo de realidad, lo que ya es el simulacro. Llegado a este punto el acontecimiento ya no es el que genera la información, es la noticia la que genera el acontecimiento y para entonces el criterio de credibilidad ha reemplazado ya a todos los criterios de verdad.

En nuestro medio, el profesor **Andrés Navarra** acuña el término *ciberproletariado* en su libro *Devaluación continua* para **aludir a una generación que se está quedando sin léxico** e incluso sin datos. Lo atribuye a una **falta de concentración, un exceso de estímulos y un descrédito de la memoria** que vincula con los nuevos soportes y la hegemonía audiovisual.

Joseph Davis sugiere que el consumismo y los procesos de mercantilización han desestabilizado “*las viejas estructuras de formación de la identidad: familia, escuela, iglesia, universidad, etc*”. No le falta razón, aunque los territorios en construcción y reconstrucción de la identidad no son los únicos conquistados por el *síndrome del consumidor* en su reino de tiendas y centros comerciales, también fuera de ese territorio se va apoderando también de las relaciones y de los vínculos interpersonales. Eso **afecta profundamente a nuestra identidad profesional**. Con su exaltación de la prisa, el exceso y el desperdicio, el síndrome consumista trata de favorecer la falsa creencia de que se satisfacen los deseos, cuando el consumismo no gira en torno a la satisfacción de los deseos, sino a la

incitación del deseo de deseos siempre nuevos, especialmente aquellos que son imposibles de saciar. La satisfacción de necesidades, deseos o carencias que sólo puedan dar lugar a nuevas necesidades o deseos, terminan convirtiéndose en compulsiones o adicciones.

Si a lo anterior le sumamos la disolución de los valores y su instalación en la era del vacío y del imperio de lo efímero, lo único que persiste es lo fútil y lo banal.

¿Cómo se puede entonces formar y mantener una identidad psicoanalítica en ese mundo?

Y en expresión de la periodista **Marta Sanz**:

¿Cómo puede sobrevivir el método psicoanalítico como buscador incesante de la verdad oculta tras la conciencia en un mundo que se dedica a circunvalar la verdad?

Esto también lo dejo abierto para la discusión.



3.- Las instituciones de formación.

Un **componente esencial para la identidad profesional lo constituye el hecho de estar en posesión de la correspondiente titulación académica que oficialmente lo acredita como tal profesional.** En nuestro caso, al carecer de la susodicha titulación oficial, debemos buscar ese necesario refrendo por otras vías, que suelen ser instituciones formativas no oficiales y que pertenecen a la esfera de lo privado.

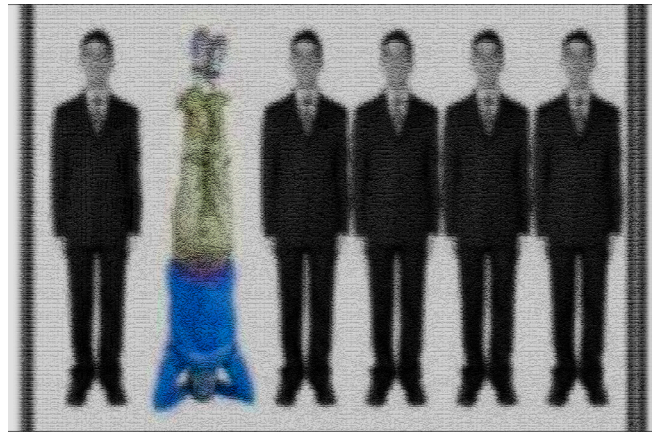
Fue **Eitington** quien recibió, de parte de Freud, el encargo de crear el primer modelo para la **formación en psicoanálisis**, y en el diseño por él realizado figuraban **tres componentes esenciales**, razón por la que pronto se le denominó coloquialmente como sistema *tripartito*. Esas tres piezas fundamentales del modelo formativo fueron: **Análisis personal, Supervisión, y Seminarios**, y una vez cumplimentadas esas tres piezas esenciales, **el candidato debía ser refrendado por una comisión de enseñanza integrada por analistas didactas.** Ese modelo es el que se mantiene básicamente **en la actualidad** en la mayoría de instituciones formativas psicoanalíticas, aunque no deja de ser curioso que en el modelo figure en primer lugar el análisis personal, cuando Eitington su fundador, apenas mantuvo alguna esporádica conversación con Freud por todo entrenamiento.

Me parece superfluo poner de manifiesto que no estoy a favor de llevar a cabo el análisis personal de esta manera, pero sí que estoy en contra de llamarlo de ese modo, porque considero que **la función primordial del análisis personal debe de ser el aprendizaje de las emociones, los mecanismos psicológicos, y los fenómenos psíquicos que tienen lugar en nuestro mundo interno**, y para ello debemos disponer de un espacio privilegiado. No estoy muy seguro de que lo sea un espacio al que llamamos didáctico, ni tampoco si lo llamamos análisis de formación, puesto que cuando un análisis afecta a la adquisición de una identidad profesional, ello influye de manera particular y muy importante en el desarrollo del análisis y en sus resultados. Muchos autores entienden que **la adolescencia es una etapa del desarrollo en la que se tiene la oportunidad de modificar y resolver**

algunos de los problemas no bien resueltos en las etapas anteriores, yo entiendo el psicoanálisis que exigimos como **componente de la formación psicoanalítica como una oportunidad similar a esta de la adolescencia.**

La importancia que se adjudica al análisis personal en la formación psicoanalítica está plenamente justificada ya que ese **proceso terapéutico permite reconocer y modificar los problemas** que se estén formando en el presente en su estructura personal, de la misma manera que los seminarios y sobre todo las supervisiones, son fundamentales para la adquisición de la parte profesional de la identidad. **En el proceso terapéutico se produce una relación cuya característica es básicamente dual, y en ella se producen unas identificaciones con el analista terapeuta que van creando la noción de mismidad** a través de lo similar y de lo igual, **que resultan muy beneficiosas porque la identidad profesional**, aunque se inicie bastante más tardíamente que la identidad personal, **necesita de sólidas identificaciones**, pero en la relación terapéutica se adquiere también un saber sobre la capacidad curativa del método analítico, en vivo y en directo, que no debe de ser despreciada en ningún caso como componente formativo.

Ahora bien, una vez que están adecuadamente arraigadas en el *self* las identificaciones con objetos fundamentales del mismo, cuanto más múltiple y más variada sea la oferta de objetos de identificación, tanto más rica y más adaptativa podrá llegar a ser su identidad, puesto que con el progreso de la formación de identidad, se va teniendo menos necesidad de las identificaciones fijas y estables, e incluso se va teniendo menos necesidad del propio mecanismo de la identificación. **La identidad analítica no debe estar únicamente cimentada en imitaciones o copias de rol profesional de un solo maestro**, habitualmente el analista terapeuta, **sino que debe de admitir identificaciones con otros muchos maestros los cuales facilitan el camino para que pueda aparecer la creatividad** un componente fundamental de la identidad psicoanalítica. Ambos componentes mismidad y diferenciación son esenciales en la formación de la identidad personal y también de la profesional, en nuestro caso la psicoanalítica.



La mayor parte de los **múltiples factores que integran una identidad psicoanalítica se transmiten a través de la institución en la que el candidato realiza su entrenamiento**, razón por la cual la **estructuración y organización** de esas instituciones formativas, adquiere una trascendental **importancia en el logro de la identidad analítica**. Es bien cierto que un exceso de ortodoxia en estas instituciones **suele dejar muy poco espacio para la individualidad, la originalidad y la creatividad**, pero no es menos cierto que un **exceso de heterodoxia puede plantear también una amenaza de la identidad analítica.**

Parecería, por tanto, que es entre el conformismo y la anarquía, entre la continuidad y la fluidez, donde tendría que situarse la frontera y donde debería situarse el camino por el que deberían transitar las instituciones de formación, para generar las mejores condiciones en las que se vaya haciendo el analista, y también en las agrupaciones de profesionales para permitir que el analista ya formado pueda continuar vivo como tal. No quiero decir, ni mucho menos, que el camino a recorrer sea fácil porque en ocasiones puede resultar bien complicado distinguir la verdad y la mentira, el bien y el mal, el yo y los otros, el amor y el odio, lo racional y lo subjetivo, pero si no lo hacemos así, los mecanismos de imitación o de identificación con un solo maestro se harán muy habituales, y prácticamente inviable la salida del odio o la agresividad que se siente hacia ese psicoanalista didacta, sobretodo si - como señala M. Mannoni - *ocupa una posición de poder en la institución formativa.*

4.- Conclusiones.

En mi opinión el proceso de la formación profesional del psicoterapeuta psicoanalítico debe aspirar - lo mismo que el propio tratamiento psicoanalítico - a liberar al candidato de aquellas identificaciones profesionales que lo dotan de una excesiva rigidez, así como del aferramiento irracional de las mismas a su personalidad, despejando de esa manera el camino para que se puedan producir nuevos componentes identificativos, así como la reorganización y maduración de las identificaciones primitivas que deben trascender las identificaciones introyectivas asimiladas.

**Decía Salvador de Madariaga:
"Soy liberal porque creo que lo primero es la libertad.
Soy socialista porque creo que hay que velar siempre porque las libertades individuales no se ejerzan contra el bien común.
Soy conservador porque estimo que sin un mínimo orden no puede haber ni libertad ni justicia".**

Este pensamiento refleja con exactitud lo que puede ser una identidad bien integrada en la que forman parte pensamientos o ideologías diferentes, e incluso contrapuestas, pero no enfrentadas. Es lamentable en este sentido que los grandes liberales españoles como **Salvador de Madariaga**, hayan pasado al olvido más que a la historia.

No concibo aceptar una identidad psicoanalítica que no tenga como ingrediente fundamental y básico aquello que **Balint** consideraba como uno de los objetivos del psicoanálisis:

"El logro de un yo... libre de cualquier identificación innecesaria y de cualquier transferencia automática a patrones de pensamiento"

Tener un punto de vista más cercano a lo vital, al progreso, a la esperanza, está muy en relación con la capacidad de haber logrado un sentido de libertad y un sentimiento de identidad maduros, y me parece que esa debería de ser la razón última de que en la formación psicoanalítica se exija realizar una experiencia a la que se suele llamar psicoanálisis didáctico, denominación con la que ya he mostrado mi desacuerdo.

En ese análisis personal tratamos de facilitar en los profesionales que acuden a formarse en esta disciplina, el logro de una maduración personal que tan necesaria resulta para la vida en general y desde luego para el ejercicio de la psicoterapia. Una buena parte de esa maduración personal tiene que ver con el aprendizaje de que la libertad externa no se nos va a otorgar, más que en la medida exacta en que hayamos sabido desarrollar, a través de un proceso de autoconocimiento, nuestra libertad interna. El corolario de este proceso sería que nuestros candidatos aprendiesen a percibir las cosas lo más claramente posible, y a expresarlas también de la misma manera, pero tratando también de tener los menores problemas. Decía **Ángel Ganivet**, amigo y compañero de Unamuno, que consiguió la cátedra de Griego precisamente aquí en Salamanca, en tanto que Ganivet no lo lograba con la de Granada, que *"el arte de vivir consiste en conservar nuestra personalidad sin que la sociedad se incomode"*, y no le faltaba razón. Otra cosa es que siempre logremos conseguir el objetivo.

El actual discurso de la identidad se mueve inseguro entre contradicciones, ambigüedades y tiempos ocultos. **El camino hacia la identidad, la lucha por ser uno mismo, es de por sí una batalla continua y una interminable lucha** que se libra básicamente entre el deseo de libertad y la necesidad de seguridad, la cual puede circunstancialmente agravarse si aparece en escena el miedo a la soledad, o el terror a la incapacitación y al rechazo. Por eso cualquier planteamiento formativo para nuestros jóvenes profesionales debe procurar disminuir o al menos no incrementar los temores con los que vienen los candidatos. También debería **fortalecer suficientemente el núcleo identitario** asociado a la libertad para que pueda emerger el hombre elector, ese *homo eligens* de **Bauman** caracterizado por

“un yo permanentemente impermanente, completamente incompleto, definitivamente indefinido... y auténticamente inauténtico”. En cualquier caso no resulta demasiado fácil conciliar o integrar todos los elementos que forman parte de una identidad, ya sea personal o profesional, y esa es la razón de que en ambos procesos aparezcan en diferentes estados y de distintas maneras, eso que llamamos pseudoidentidades. Pero ese es otro tema.

JOSÉ LUIS
LLEDÓ SANDOVAL
